

Sergio Huneus

Juan Marín y “La India Eterna”

 NTRE los recuerdos gratos de mi vida errante por mundos lejanos perdurará siempre aquel día del mes de marzo de 1949 en que vi aparecer, en los amplios corredores del Hotel Imperial, de Nueva Delhi, la silueta del doctor Juan Marín. Llegaba con su esposa Milena a inaugurar la primera representación diplomática permanente de Chile en la India. Venía cargado de equipajes y de anécdotas de su larga estada en la China y en el Egipto y su mente anticipaba ya, en este nuevo puesto, el placer de investigar la filosofía, la historia y la vida misma de los hombres que forjaron la civilización milenaria del subcontinente indio. Eramos ambos, en esos momentos, los únicos chilenos destacados en tan remotas latitudes y, lógicamente, iniciamos una amistad que nos ayudaría, en los meses venideros, a convivir momentos de alegría y a sobrellevar también algunas horas ingratas lejos de la patria.

No fué ese, sin embargo, mi primer contacto con el doctor Marín, pues le había conocido en Washington poco tiempo después de que publicara su magnífica novela *Paralelo 53 Sur*, cuando ejercía aún como médico de nuestra Marina de Guerra. Pero de aquel encuentro guardaba yo sólo una vaga memoria de su persona. Le identificaba, en cambio, con el escritor capaz de concebir recios personajes y de escribir, en prosa fácil, escenas vigorosas de indiscutible calidad literaria y humana. He vuelto a leer esta obra y concuerdo, hoy

más que nunca, con el juicio expresado por Héctor Fuenzalida en su reciente libro *Esquemas y Perfiles* cuando anota que por la grandiosidad y el desamparo del marco natural elegido, frente al hombre, se contamina un poco con el modo de José Eustasio Rivera en *Vorágine*. En abono de esta opinión crítica puedo agregar que he conocido esa selva tropical propia para desatar en el hombre los instintos más salvajes tal como los despiertan también la desolación y los hielos de Magallanes y Tierra del Fuego donde se juegan la vida los seres creados por la pluma de Juan Marín.

Podrá parecer extraño que intercale este recuerdo de *Paralelo 53 Sur* cuando intento escribir algo sobre *La India eterna* pero lo incluyo a fin de comunicar al lector cuál fué mi espontánea reacción al encontrarme súbitamente y en la India, con el médico escritor. Debido tal vez a mis largas ausencias de Chile no había seguido sus pasos ni su evolución literaria. Sólo ocasionalmente leía, en Nueva York, sus crónicas y artículos cuando caía en mis manos algún diario chileno o latinoamericano. Sabía de sus nuevas andanzas y no ignoraba, por cierto, su abandono del bisturí para consagrarse a la diplomacia y satisfacer así sus incontenibles deseos de conocer tierras exóticas y lejanas. Pero, no obstante lo dicho, Juan Marín seguía siendo para mí el novelista y grande fué mi sorpresa cuando avisté en él, desde mis primeros contactos, muchos nuevos e interesantes aspectos de su múltiple personalidad. Desde luego, el viajero inquieto que partiera a correr tierras bajo la investidura de la casaca diplomática tomaba muy en serio sus funciones y resultaba difícil superarlo en el dominio de todos los problemas internacionales de actualidad sobre los cuales disertaba con sorprendente acuciosidad. Como Encargado de Negocios de Chile en el Egipto y en la China, había bebido allí, en la fuente misma, el espíritu y la filosofía de las civilizaciones orientales que le cautivaban sobremanera. Además, una estancia de dos años en la República de El Salvador, le permitía hablar también, con claro conocimiento, de los problemas americanos sin ignorar, por cierto, la historia de la cultura de los Mayas y de los Incas, que dominaba con igual maestría. Tal era, pues, el hombre

que llegó a Nueva Delhi en 1949 para iniciar nuestras relaciones diplomáticas con el gobierno de la India, que disfrutaba entonces de su novel independencia.

Yo desempeñaba a la sazón la Secretaría General de la Comisión de las Naciones Unidas para la India y Pakistán cuyo mandato era buscar la fórmula conciliatoria que permitiese celebrar, en el Estado de Jammu y Kashmir, un plebiscito entre los pobladores hindúes y musulmanes que debía decidir la adhesión de ese Estado a la India o al Pakistán. Era este —entonces y sigue siéndolo— un problema candente que rebalsa los límites del Oriente hasta adquirir relieves internacionales. Preocupaba hondamente a las Naciones Unidas de la cual Chile es miembro, y, en consecuencia, importaba que nuestra Cancillería estuviese informada. Así lo comprendió el doctor Marín quien se puso de inmediato en contacto con nuestra Comisión Mediadora. Sé que preparó informes claros, oportunos y bien documentados como lo prueba el capítulo dedicado a los sucesos de Cachemira en la obra que comento. Allí aparecen, descritos en rasgos certeros, los actores principales de la tragedia de Cachemira. Domina el panorama la figura enigmática del Sheik Abdullah tejiendo sus intrigas para satisfacer su ambición de omnipotencia; surge viva también la figura de su Viceprimer Ministro, Gulam Bakshi, eminencia gris y poderoso elemento político cuya presencia física evocaba siempre en mi imaginación la estampa del bandido montañés de los Balkanes; formula un juicio frío y exacto sobre el Maharajá Hari Singh, soberano despótico y frívolo y destaca como se merecen la fina calidad humana, la madurez intelectual y el espíritu progresista del joven Karan Singh, el Yuvraj que ocupó el trono de Cachemira al asumir el mando político del Estado, como Primer Ministro, el Sheik Mohamed Abdullah. Estos sucesos, consecuencia directa de la independencia de la India, son analizados por el doctor Marín con justicia y veracidad.

El capítulo sobre Cachemira es uno de los más completos de la obra y para mí reviste especial interés porque puedo aquilatarlo con cierta autoridad, ya que disfruté durante varios meses, con el propio

doctor Marín, de los encantos de aquel valle paradisíaco. La comarca y su ritmo y la raza que la habita están descritos con viva realidad y colorido y cuanto elogio anota el autor acerca de sus bellezas no es fruto de exageración. Las horas de solaz en los lagos y en el río Jhelum, los paseos en *shikara* propicios a la meditación, los jardines mogoles, las excursiones a lomo de mula por los tortuosos senderos de las montañas de Gulmar que conducen a una bellísima estación de veraneo, la descripción de los bazares y callejuelas populosas de Srinagar, el estudio de sus templos y la historia de su artesanía forman un cuadro tentador para el lector. Sólo una amargura sentirá el viajero imaginario que acompañe por esos parajes a Juan Marín: la remota posibilidad de lograr algún día visitarlos.

Otro título que merece señalarse en esta obra, por su indiscutible interés histórico, es aquel que cubre el reinado de Asoka "El Grande" al cual rinde con justicia el autor el homenaje que merece su figura de gigantescas proporciones y de asombrosas ejecutorias. Este soberano, que reinó durante cuatro décadas, casi tres siglos antes de Cristo, es hoy venerado en la India y sus creaciones, la rueda de la ley y el pilar, forman los emblemas de la nueva república en su pabellón y sello oficial.

A lo largo de la obra encontramos, es cierto, minuciosas descripciones de lugares, templos y palacios cuyas historias fueron ya contadas innumerables veces por otros autores. Figuran entre ellos Benarés, sus peregrinos y el Ganges y también Agra, la antigua capital de los emperadores persas que alberga la joya arquitectónica del Taj-Mahal pero *La India eterna* incluye además, variados y curiosos relatos sobre otras remotas y desconocidas latitudes de la India. Quien quiera, pues, ampliar sus conocimientos sobre ese pueblo y esas tierras más allá de lo que comúnmente sabemos en nuestra América, encontrará en esta obra fuente inagotable de erudita información.

Tuvo también suerte el autor en sus andanzas orientales porque en el año de 1950 pudo presenciar el "Kumbh-Mela" de Hardwar, festival religioso hinduista que celebran los fieles sólo cada doce

años según el calendario lunar hindú. Se purifican y ganan allí indulgencias en las márgenes del Ganges cuanto fanático puede llegar hasta ellas y bien vale dejar la palabra al doctor Marín para saborear mejor ese cuadro de raro y místico exotismo:

“En medio de un calor asfixiante y avanzando centímetro a centímetro, ya que no metro a metro, primero en nuestro automóvil y después a pie, entramos en el espesor de la abigarrada y fervorosa muchedumbre. ¡Qué de tipos extraños y de personajes pintorescos vense entre la multitud!... Aquí están todos los fakires de la India, no sólo los “gurus” y “hombres divinos”, sino también los charlatanes y juglares de feria, encantadores de serpientes y domesticadores de pájaros. Misticismo y truhanería. Espíritu y materia. Junto a los ascetas que pasan a nuestro lado sin vernos, desnudos y cubiertos los cuerpos de cenizas, con sus ojos puestos en la realidad suprema y el espíritu innombrable y con todas las células de su cuerpo concentradas en la fresca presensación de las aguas sacras, otros más listos y aviesos nos ofrecen la mercancía de sus trucos y prestidigitaciones mediante el pago de algunas sonantes *rupees*. Elefantes pintarrajeados y ornados de fastuosas capas y pectorales transitan entre peatones y automóviles que suenan sus bocinas con desesperación. Viejos y niños, hombres y mujeres, sanos y enfermos se agitan en las estrechas calles del villorrio de Hardwar, convergiendo con una especie de apetito feroz e incontrolado sobre las aguas del río. Junto a un fakir yacente sobre un lecho de clavos vemos a una anciana agonizante en un éxtasis de felicidad, porque ella acaba de ser sacada del río y sus ropas y cabellos muestran la humedad del agua sagrada...”

El libro abunda, como es natural, en este tipo de descripciones porque ellas son necesarias para pintar el ambiente tan extraño en que se mueve ese pueblo que a pesar de su rancia civilización conserva con fruición costumbres que parecen salvajes al hombre de Occidente. No hay tampoco exageración alguna en estos cuadros en los que asoma su rostro oscuro la miseria que affige a vastos sectores de la población india. Por otra parte, cuando cuenta el autor sus

horas de intimidad con príncipes y potentados, en sus reales palacios, surge claro el eterno contraste que persigue sin cesar a todo viajero que recorra la India. Pero no pretendo ahondar en el denso y rico contenido de *La India eterna*. Mi intención no se encamina hacia la crítica del libro, pues carezco de la experiencia que requiere este género literario y sólo creo oportuno señalar algunos alcances que afectan a esta obra de vasta información histórica. Se ha escrito, por ejemplo, que el doctor Marín emplea con exceso nombres y términos hindúes y que la fonética de tales palabras —que en verdad son endemoniadas para pronunciar— rompe la armonía de la prosa. La observación no carece de justicia pues el libro abunda en esta clase de terminología pero entonces cabe preguntarse: ¿Cómo habría podido el autor producir una visión clara de los lugares que describe sin mentar su ubicación, por su nombre verídico y local, y sin citar a los dioses, príncipes y emperadores responsables de la existencia de esos templos y palacios que consagran épocas y que constituyen la médula misma de la obra? . . . Al no proceder de esa suerte no faltaría quien dijera ahora que el libro carecía de erudición y que no es aceptable escribir sobre la India dejando en el tintero los elementos esenciales que marcan las etapas sucesivas que registra la milenaria civilización del subcontinente indio. El verdadero archivo de la historia de la India se concentra en sus templos y en sus monumentos porque cada uno de ellos guarda la huella de algún hombre que construyó para la grandeza futura y, en apoyo de este aserto, cabe recordar una observación que estampa Gustave Le Bon en su libro *Las civilizaciones de la India*. En el prólogo de su sesudo estudio escribe Le Bon:

“Las brillantes poesías de los Vedas, las especulaciones filosóficas
“ de los antiguos sabios, los dioses innumerables, los ritos mons-
“ truosos y feroces, no puede comprendérselos con la sola ayuda de
“ los libros. Los esplendores, como sorprendentes visiones de civili-
“ zaciones refinadas y grandiosas, deben ser estudiados sobre el suelo
“ mismo de la India. El secreto de los misterios de que está llena la
“ literatura india sólo puede hallarse en las ruinas de las antiguas

“ ciudades, sobre los bajos relieves de los palacios y de las pagodas que
“ desde las heladas mesetas de las cumbres del Himalaya a las ardientes
“ llanuras del Degkán yerguen entre una naturaleza imponente y bri-
“ llante sus vestigios apenas explorados. En esos libros de piedra, que
“ no saben mentir, se conserva intacto el pensamiento de los pueblos”.

La observación que precede, fruto de una mente privilegiada, da la razón al doctor Marín cuya intención aparece clara a través de su libro que no persigue otra finalidad que la divulgación objetiva y gráfica de lo mucho que pudo ver y estudiar en su larga permanencia en la India. Juan Marín domina la prosa fácil de leer, y sus novelas así lo demuestran, pero cuando asume la responsabilidad de narrar la historia de los pueblos orientales sacrifica acaso la belleza y armonía de las formas literarias para dar paso a un raudal de erudición no siempre fácil de asimilar. Pero, no obstante, *La India eterna* ofrece en muchos acápites el interés de un diario de viaje y sus charlas con filósofos y “santones” cautivan la atención porque reflejan la realidad del personaje y del ambiente. Las figuras surgen auténticas y el lector ni siquiera precisa ver las magníficas fotografías captadas por Milena para imaginarse la apariencia ascética de algunos de sus entrevistados

Los viajes a Nepal, a Ceylán y a las fronteras del Tíbet forman también una atrayente trilogía en este libro dedicado a la India. En ella encontrará el lector interesantes reflexiones y vasta información sobre el budhismo desde el día en que Lord Budha reunió a sus discípulos en Sarnath, cerca de Benarés, hasta el momento actual.

Termina esta obra con un extenso capítulo dedicado a Gandhi y a Nehru y en él vemos, una vez más cómo persisten en la India los contrastes hasta en los hombres que rigen sus destinos.

En lo material el lujo y la opulencia se dan la mano con la muerte y la miseria mientras en lo espiritual y humano Nehru sucede a Gandhi. ¿Qué mayor antítesis puede registrarse?... Gesta la independencia de la India un santo que predica la no violencia y que renuncia a todo bien material y designa él mismo como sucesor, antes de su muerte, a un político de acción y de indiscutible

genio, que pisa firme en la tierra y sabe valorizar como nadie el poder material de su herencia para jugar su parte en nuestro mundo convulso que lucha por afianzar una efímera paz...

Falta quizás, en este capítulo sobre política india, una debida mención de Sardar Patel, quien fuera Viceprimer Ministro y Ministro del Interior desde el día en que la India proclamó su independencia. Gandhi le tuvo por discípulo y Patel siguió sus huellas. Era auténticamente indio y amaba a su tierra que conocía palmo a palmo. Colaboró poderosamente con Nehru en la unificación de los diversos Estados, principados y provincias en torno a un gobierno central. Se le recuerda, pues, con razón como el arquitecto de la república porque gracias a su tacto y firmeza rindieron sus feudos más de seiscientos príncipes, Nizams, Nawabs y Maharajás que reinaban autónomos durante la dominación británica. Sardar Patel murió a fines del año de 1949 pero realizó, en dos años de gobierno, la tarea más ardua y delicada que debió afrontar la India milenaria y cansada al iniciar sus primeros pasos como joven república.

No me sería posible cerrar estas líneas sin evocar un gratísimo recuerdo que me ligará siempre a Juan Marín. Corría el mes de septiembre y el calor era aún sofocante en Nueva Delhi cuando el Encargado de Negocios de Chile trasladó su domicilio desde el Hotel Imperial a Constitutional House, donde instaló la Legación. Era un edificio moderno, o más bien un conglomerado de casas construídas por los norteamericanos durante la guerra. Reinaba orden y limpieza en los corredores y jardines y vivían allí diplomáticos y parlamentarios. Nuestro representante estaba satisfecho de su elección porque en Nueva Delhi no era problema fácil encontrar vivienda decente y el 18 de Septiembre se aproximaba. Por fin llegó esa fecha —que siempre emociona cuando se está lejos de la patria— y el doctor Marín me convidó con mi esposa para que izáramos con él y Milena la bandera de Chile. Hubo retreta y escuchamos una canción nacional irreconocible en los bronces de los soldados indios que contemplaban impávidos cómo subía en el asta —y por primera vez en la India— el pabellón de la estrella solitaria.